

la escuela italiana con el « Proceso que ovieron en uno la Dolencia e la Vejez e el Destierro y la Pobreza » con « decires » contra el amor mundanal y la grand vanidad de este mundo » y con los cantos populares que allá en pleno período de grandeza española empezaban a ser gustados por los letrados, según testimonio de Rengifo, sólo al oír « cantar algunos de los romances viejos que andan de los zamoranos o de otros casos lastimosos. »

¿ Recordáis, señores, como por el mismo tiempo Carvallo considera de menores disposiciones para poetas a los alegres, risueños y afables, y de superiores, en cambio « a los de habla abultada y algo áspera, de pocas carnes, duras, ásperas y nerviosas ; de color cenizoso ; el cabello y barba grueso, tieso, áspero y tostado ; y la cara no muy hermosa »... ; criterio tan español que no pudo desarraigarlo ni de la mente de Pinciano la sabia convivencia de este egregio helenista con las letras griegas, que no por ella deja de considerar el ingenio poético como causado de alguna « destemplanza » del cerebro ; lastimado corazón español que allá, quién lo diría, en los albores del siglo XVII, siente compasión de su propia compasión y ensalza por labios de Pinciano la tragedia como remedio contra el dolor por feriarle con la coraza de la entereza ; y estas palabras de Carvallo y de Pinciano, aunque sus libros no nos las dijeran, hablaríanlas al corazón las figuras del Greco, contorsionadas y alargadas, huyendo con desazón del supuesto suelo de lo regular y de lo clásico, para vagar temerariamente, como ansiaba González de Salas, por las regiones ocasionadas a descubrir rasgos de divinidad ; arte de nervios y músculos que echaba de menos Herrera

